

XII

Nunca se llegó a saber qué fue de los soldados que salieron de Chumico en pos de los fugitivos por el rumbo de la montaña; el monte se los tragó sin dejar huellas de su rastro. Quizás aprovecharon la oportunidad para desertar, alejándose para siempre del pueblo y todas sus plagas, o a lo mejor habían sido devorados por las fieras conjuradas por la magia de Amelio. Esta última explicación de la desaparición de los tres soldados era la favorita de los chumiqueños. Lo cierto es que jamás se supo nada de ellos. Por mucho tiempo después, sus fantasmas rondaban por la montaña volando de árbol en árbol, asustando a los que por esos predios se aventuraban de noche. Finalmente, doña Felicia recurrió a la **PO-DEROSA NOVENA DE TODOS LOS SANTOS** para ahuyentar a los fantasmas. Todo el pueblo fue a los rezos que se hicieron en la vieja iglesia con gran solemnidad y tuvieron el éxito deseado puesto que después de eso, los espantos sólo aparecían en la noche del aniversario de los sucesos y así, con fecha fija, los chumiqueños se cuidaban bien de no salir al monte durante esas noches.

Los otros soldados encontraron huellas recientes de los fugitivos por el lado de la playa en donde comienza el manglar y regresaron a informarle al Teniente de su hallazgo. Furioso el oficial les reclamó:

— ¡Imbéciles! ¿Por qué no siguieron adelante? ¡Ya hemos perdido un día entero. . . !

— Pero Teniente, necesitamos un guía. Ese manglar es peligroso y no lo conocemos.

— Y en quiénes van a confiar ustedes en este pueblo para que le sirva de guía? Son capaces de llevarnos a una emboscada segura. Vamos soldados; yo mismo los guiaré y juro no descansar hasta que encuentre a esos malandrines y les dé su merecido— aseguró soberbio y entre dientes añadió con sorna — ¡Maricas de mierda! Mira que regresar a avisarme que encontraron huellas de los fugitivos en vez de seguir adelante. Lo que tienen es miedo de unos cuantos pescadores. . . — ¡Mañana salimos temprano. No creo que puedan avanzar de noche. Les cortaremos la retirada. Los voy a fusilar en cuanto los encuentre para que sirva de escarmiento al resto. Este pueblo necesita una lección.--

Bajaron a la playa antes de que saliera el sol encorvados bajo el peso de las provisiones y armas que llevaban consigo. Iban a embarcarse en el bote grande de Juancho que el Teniente había confiscado. El mismo dirigía la operación con ceño adusto. Había decidido cortarles el paso a los fugitivos navegando cerca de la costa a más de un día de marcha del pueblo y luego al desembarcar en medio del manglar, tenía la seguridad de tomarlos por sorpresa. Estaba convencido de que iban a pie pues había mandado a contar todos los barcos y pangas varados en la playa y no faltaba ninguno. No tenía idea de cuántos hombres habían participado en la fuga de Pastor pero sospechaba que eran pocos. A culatazos trató de obtener información de algunos vecinos que encontró en la tienda del chino, pero ninguno habló. Las puertas y ventanas del pueblo se cerraron herméticamente; nadie sabía nada.

Se fueron en el barco empujados por la marea remando con fuerza para alejarse algo de la costa erizada de peligrosas rocas que podrían hacerlos zozobrar. A mediodía, el Teniente decidió que

debían desembarcar pues se encontraban cerca de donde terminaba el manglar. El barco se atascó en el fondo cenagoso, de la playa y tuvieron que bajarse en la lama maloliente, hundándose casi hasta las rodillas. El Teniente gritaba órdenes y contraórdenes que hacían la operación aún más difícil e irritaban a los soldados que lo acompañaban. Fue así como comenzó la pesadilla que lo perseguiría por el resto de su vida, ¡ Nadie sale impune del manglar de Chumico a menos que se haya nacido por allí!

Desde que pisaron tierra, nubes de mosquitos los envolvieron atacándolos inclementes y lianas casi con vida propia se les enroscaban en los brazos y piernas dificultando aún más la marcha en el pantanoso terreno. Caminaban en fila india, sin poderse defender de los voraces insectos por la carga que llevaban en los brazos. El sudor les corría por los cuerpos ya cansados y con hambre. Al darse cuenta del estado de fatiga de los soldados, el Teniente ordenó un alto para descansar unos minutos y comer un bocado de yuca y pescado seco que llevaban en las mochilas. Se sentaron en el único lugar seco que encontraron, abatidos por el intenso calor y el incesante ataque de los mosquitos.

El soldado no se dio cuenta cuando el reptil le subió por la pierna. Al sentir el fuego de la mordida, prorrumpió en alaridos y agarrando a la víbora con las manos intentaba hacerla pedazos mientras el animal lo picaba una y otra vez. Los otros lo contemplaban horrorizados sin poder hacer nada. Finalmente, lograron matar al bicho pero era demasiado tarde. Acostaron al soldado sobre la tierra húmeda y allí se fue muriendo poco a poco en una terrible agonía de sudores de sangre y convulsiones que duró casi una hora. La noche se avecinaba, llenando aún más de temor a los soldados que rodeaban al compañero muerto.

— Tenemos que enterrarlo — dijo el Teniente — o será devorado por las alimañas. —

— Vámonos de aquí o moriremos todos — se decían los otros asustados, desoyendo las órdenes del Teniente que insistía en seguir adelante.

— No Teniente. Ya este asunto se acabó. No damos ni un

paso más adelante — dijo el más viejo del grupo.

— Todos serán arrestados por insubordinación si no obedecen mis órdenes — gritó el Teniente fuera de sí.

— Está bien Teniente. Preferimos la cárcel a morir en este pantano. Si usted hubiera mantenido la disciplina en el pueblo nada de esto habría ocurrido. Por hacerse el señorito fino nos vemos en este infierno. . . !— le contestó furioso uno de los soldados. Lívido por la ira que lo poseía el Teniente le dio una bofetada con toda la fuerza de su mano, haciendo que el hombre se tambaleara al recibir el golpe.

Joaquín Bermúdez se había alistado en el ejército a los dieciocho años porque no había trabajado en el pueblo en donde vivía cerca de Antioquia. De madre colombiana y padre venezolano que los había abandonado desde chicos a él y a sus hermanos, había pasado toda una vida de privaciones antes de entrar a formar parte del glorioso ejército colombiano que todavía brillaba por las gloriosas victorias del veintitrés. Para los soldados, las cosas habían ido de mal en peor al entrar Colombia en esa lucha sorda de clases y partido políticos. Era denigrante para Joaquín Bermúdez acabar en un pueblo como Chumico después de quince años de servicio, peleando con insectos y sombras y para colmo ser subalterno de un oficialillo imberbe que jamás había experimentado el fragor de la batalla y que ahora se atrevía a golpearlo como si fuera un cualquiera, sobre todo teniendo él la razón! . .

Tomás Álvarez, también soldado de carrera, con más de diez años de servicio, hombre taciturno y de pocos amigos, acostumbrado a la férrea disciplina del ejército, miró desde el principio al Teniente con malos ojos por la actitud que éste había asumido frente al pueblo, actitud que el soldado consideraba una debilidad de carácter. Ahora lo veía golpear a un camarada, después de presenciar la muerte horrenda del soldado picado por la víbora. No podría tolerar el gesto de agresión del oficial ni con toda la obediencia a la que los años en el ejército lo habían acostumbrado.

El tercer soldado se llamaba Avelino Urrutia. Oriundo de Cali

se había metido a soldado por un enredo de faldas, huyéndole a la ira de los hermanos de la ofendida que al enterarse de que tenía mujer e hijos en otro pueblo lo querían cortar en pedacitos. Su único escape había sido el alistarse. A los pocos días, lo mandaron al Puerto de Buena Ventura y de allí a Chumico. A él, poco le importaba el ejército o la disciplina y ya había establecido relaciones con una chumiqueña amplia de carnes y tierna de corazón. Verse metido en el manglar era el colmo de la mala suerte y, todo por culpa de la terquedad del Teniente.

Fue un acuerdo entre los tres, tácito y silencioso. Al unísono, cayeron encima del Teniente asestándole puñetazos y patadas hasta dejarlo tendido inconsciente en el fango. Asustados por el acto de violencia que habían cometido en contra de un superior, los soldados huyeron hacia el mar, llevándose consigo todas las armas y las provisiones y dejando al Teniente Jaramillo expuesto a una muerte segura pero sin atreverse a rematarlo. Al llegar a la playa encontraron el bote todavía atascado en la lama y con dificultad lo sacaron a flote. Pretendían irse navegando cerca de la costa hasta llegar a Colombia y de allí huir al interior del país en donde podrían esconderse con sus familiares. El pánico más profundo los invadía; habían cometido un crimen en contra de un oficial y sabían que si alguien los encontraba, serían castigados duramente.

El mar se encargó de hacerlos desaparecer para siempre. A unas pocas horas de navegación, la poca destreza de los soldados, al fin y al cabo hombres de tierra adentro hizo que el bote se estrellara en contra de los arrecifes de la costa de Darién, haciéndose añicos. El naufragio los arrastró hasta el abismo en donde sus cuerpos fueron atrapados por las conchas gigantes. Permanecieron allí para siempre, guardianes celosos de las perlas que pocos hombres han visto. Para estas ánimas, no hubo necesidad de resposos, pues nadie se aventura en esas profundidades.

Tres días más tarde, unos chiquillos que andaban por el manglar cazando pajaritos con biombo, encontraron al Teniente Jaramillo deambulando enloquecido por el hambre y delirando de fiebre. Su rostro mostraba las huellas, de los golpes que había

recibido a manos de los soldados. Bajo el cuidado solícito de las viejas del pueblo, poco a poco le bajó la calentura aunque jamás volvió a recuperar la razón. Su mente seguía habitando un mundo fantasmagórico poblado de alacranes y culebras y enemigos que lo amenazaban constantemente. Daba dolor ver a un hombre tan joven y apuesto divagando en esa forma y no mejoró ni con las tisanas que cuidadosamente le preparaba Felicia, porque Amelio Recuero se negó a interferir en el caso. —

Cuando regresó la fragata dos semanas más tarde, el Capitán no podía creer lo que sus ojos veían. Encontró al Teniente sentado dócilmente en una esquina del Cuartel hablando con sus fantasmas; no había forma de comunicarse con él. Juancho le informó que los soldados habían salido de patrulla pero que solamente el Teniente había regresado después de varios días.

— Ha tenido una fiebre misteriosa. Nosotros pensamos que a lo mejor el resto de los soldados se ahogaron pero no sabemos nada de seguro, — le dijo solemnemente al Capitán.

Todo el pueblo sabía por instinto el trágico final de los soldados. La magia de Amelio era fuerte. No había necesidad de entrar en explicaciones con el Capitán, ya que nunca creería la verdad de lo ocurrido. Al Teniente se lo llevaron a la fragata de la mano como un niño dócil. Todos en el pueblo salieron a despedirlo. ¡Pobre muchacho! ¡Qué mala suerte había tenido! Esta vez, los soldados se fueron sin dejar a nadie en la guarnición. Había demasiados alzamientos en otras regiones y el Capitán se convenció de que Chumico era un pueblo pacífico en donde a nadie le interesaba la política. La rebelión liberal se fomentaba en otras áreas del Istmo y había que ir a combatirla

Fue así como terminó la guerra de los ochenta y dos días sin ningún asesinato. Después de todo, los chumiqueños eran gentes muy honestas no dadas a la violencia. La única sangre que se había derramado era la de Doña Matilde, víctima de un simple accidente.

A los pocos días Manuel, Pastor y los otros regresaron sanos y salvos al pueblo. Juancho personalmente les fue a avisar que ya había pasado el peligro.

XIII

La marea golosa, lamía las faldas del pueblo. El agua llegaba hasta el atrio de la Iglesia cubriéndolo toda la plaza. Nunca se había visto un fenómeno así bajo el cielo azul del mes de febrero que no presagiaba tormenta. Las moscas, acostumbradas a dormir a esas horas sobre las arenas de la playa, incautas se ahogaban casi sin darse cuenta.

Manuel se preparaba para embarcarse rumbo a la capital. Iba a cumplir con la promesa que le había hecho a Carmen de buscarla para casarse con ella. El barco que lo esperaba se balanceaba grácil tan cerca de la playa que desde lejos parecía que su mástil tocaba el balcón de la casa de Juancho.

— Parece marea de Semana Santa — dijo Leonor con aire de malos augurios. — Algo extraño va a suceder. . . Me he mojado la enagua saliendo de mi casa.

El agua subía cubriendo la mitad de los pilotes de las casas situadas cerca de la playa y de allí sólo podían salir en panga. Manuel llegó cargado con sus bultos listo para embarcarse acompañado por Josefa y Nicolás.

— Tenga cuidado con las perlas que lleva a vender. Hay mucha gente mala en Panamá lo amonestaba Josefa.

— Buena suerte muchacho — le dijo Juancho. — En voz baja le susurró al oído. — Acuérdese de buscar a Felipe Muñoz. El le informará cómo anda la revolución y para cuándo se necesitan los voluntarios. Dígale que estamos dispuestos para cuando el General lo ordene.

— Manuel no se olvide de traerme las tres yardas de hilo blanco del fino. Aquí tiene la plata. — le dijo Felicia.

— Si ves a Ah Sing dile que traiga peinillas, jabón, galletas de palo y telas que ya se vendió todo — le gritó Romualdo desde la puerta de la tienda.

Abrazando a la madre por última vez, Manuel se embarcó en la panga que maniobraba Pastor casi en medio de la plaza hasta donde llegaba la extraordinaria marea. Remando con fuerza se dirigieron al bongo que comenzaba a desplegar las velas.

Los presagios de mal agüero que había hecho Leonor no se hicieron realidad; empujado por vientos favorables, llegó a su destino en tres cortos días. Entraron en la Bahía de Panamá sin ningún contratiempo. Al desembarcar Manuel, se dirigió a la casa de la tía María, la hermana menor de Josefa que vivía en una casita vieja situada cerca de la iglesia de San Felipe al lado del mar. Los primeros días después de su llegada los dedicó a vender las perlas y a comprar la ropa que le hacía falta para presentarse en casa de Carmen. En Chumico los hombres rara vez usaban saco o zapatos. Solamente en los días festivos y grandes ocasiones religiosas se desempolvaban las ropas de gala y los zapatos de los pocos que poseían estos lujos innecesarios, para gente acostumbrada a vivir metidos en el mar o el río.

Manuel se asombró de ver cómo había crecido la ciudad

desde la última vez que la había visitado hacía más de cinco años. Por todas las esquinas, corrillos comentaban noticias de alzamientos de liberales en varios departamentos de Colombia y en voz baja se decía que no tardaría la efervescencia revolucionaria, en extenderse al interior del Istmo. La presencia de uniformes del ejército se multiplicaba por las calles y plazas ya que a diario llegaban contingentes militares procedentes de la costa atlántica.

El jueves a las cuatro de la tarde finalmente se dirigió a la casa de La Loma de Las Perras en donde habitaba Carmen y su familia. Enfundado en el saco oscuro, sombrero de fieltro y botines negros que le apretaban un poco, parecía otra persona. Se había alisado el rebelde cabello reseco por el sol a fuerza de brillantina y tenía los bigotes bien estirados con cera para darle el aire elegante de la época. Le abrió la puerta la misma Evarista que al verlo se sobresaltó un poco.

—¿Qué desea joven? —le preguntó saliendo a la calle para mirarlo mejor.

— Quisiera ver a la señorita Carmen Bermúdez — le dijo. — Vengo de Chumico — añadió algo embarazado al notar la actitud poco amistosa de la mujer.

— Y su nombre caballero? — le preguntó Evarista.

— Manuel Muñoz a sus órdenes — le replicó cortés.

Lo miró con recelo. ¡Conque éste era el famoso pretendiente negro de Carmen! Eugenia le había contado todos los pormenores del asunto y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa antes de consentir que su hija tuviera relaciones con este sujeto.

— Lo siento señor pero Carmen no se encuentra aquí, — le mintió descaradamente. — Ella se fue para Penonomé hace varios días a casa de unos parientes de nosotros y no regresará por varias semanas.

Le cerró la puerta en la cara sin más explicaciones. Carmen

que había presenciado la escena entre los dos desde el interior de la casa salió a su encuentro.

— Mamá ¿Cómo pudo hacerme éso? Manuel nunca me perdonará semejante desplante. . . ¿Por qué tuvo que decirle que yo no estaba aquí? —

— Carmen ya le he dicho que no puede tener relaciones con ese señor y mucho menos casarse con él. ¡Jamás daré mi consentimiento para tal unión y no quiero discutir este asunto más! No sé cómo ha tenido la osadía de presentarse aquí sin haber sido invitado.

— Yo lo invité mamá. Humildemente le pido que recapacite. Yo no puedo dejar de querer al señor Muñoz porque usted me lo ordene. —

Sin esperar respuesta de la madre que la miraba con indignación, salió en busca del hombre que caminaba lentamente por la calle aún aturdido por el recibimiento de que había sido objeto.

— Manuel. . . Manuel. . . le gritó — Espérame. —

Llegó a su lado ruborosa y se saludaron cortésmente casi como dos extraños.

— Me acaban de informar en su casa que se encontraba usted en Penonomé — le dijo molesto.

— Sí, oí lo que le dijo mi madre. Perdone usted la mentira. Ella no quiere que nos veamos. Tía Eugenia le ha llenado la cabeza de toda clase de historias pero yo sé que acabará por cambiar de opinión una vez que lo conozca mejor.

— El la miró largamente sin decirle nada. Carmen lo contempló detenidamente admirando su nueva elegancia y él a su vez se sintió contento de verla así, ruborizada y casi bonita. Lentamente se fueron caminando por la estrecha calle, iluminada a medias por el brillante atardecer de verano que la hacía aparecer más ancha de

lo que realmente era. A esa hora, mucha gente caminaba en la plaza de la Catedral ansiosos de oír noticias. La omnipresencia de los uniformes por todas las calles mantenía el tono de la conversación en voces bajas y prudentes. Al llegar a la plaza, encontraron una banca vacía en donde se sentaron en silencio.

—Manuel, qué gusto me da verlo le dijo tímidamente. He estado muy preocupada pensando en el asunto de Pastor. Mi padrastro no ha estado muy anuente a ayudarme ya que mi tía Eugenia le llenó la cabeza de toda clase de historias en contra de ustedes. Ya sabe cómo es ella. . .—

—No tiene porqué preocuparse; Pastor está libre y todos los soldados se fueron del pueblo. Ya el peligro pasó.

Lo miró asombrada sin atreverse a preguntar más. Permanecieron largo rato en silencio, regocijándose con el solo hecho de estar nuevamente cerca el uno del otro.

—He venido a buscarla para que nos casemos, si está dispuesta —le dijo Manuel.

—Mi familia se opone —repuso con voz llorosa.

—Entonces señorita usted tendrá que decidir si se queda en su casa o se marcha conmigo.

—Irme? ¿ A dónde? ¿qué me está proponiendo? —le preguntó asustada la muchacha.

—Dentro de una semana sale un barco hacia San Miguel. Tengo negocios por allá que me ocuparán varios meses. Voy a comprarme un barco y si quiere nos vamos juntos y nos casamos allá. ¡Al diablo con su familia! —terminó diciendo colérico.

—No puedo hacer lo que me pide Manuel. No estaría bien.

—Entonces todo aquel amor que tanto me juró no era verdad —le reclamaba molesto.

—No me diga eso Sus palabras me hieren. Déme tiempo para convencer a mi madre y por favor no se moleste conmigo; yo no tengo la culpa.—

—Le doy de plazo dos días. El sábado por la noche voy a regresar a su casa y esta vez por lo menos espero que me reciban sin mentiras. . .

La tarde, cargada de sonidos interrumpió el coloquio. A esa hora, las lavanderas regresaban del Chorrillo contoneándose bajo el peso de las grandes canastas de ropa mojada que llevaban sobre la cabeza. Los vendedores de agua con las carretas repletas de pipotes a voz en cuello pregonaban su presencia.

—Padrino Pelao. . . ! El que no tiene plata no tiene ahijado. !
— le gritaban alborozados los chiquillos a un elegante grupo que salía de un bautizo en la Catedral.

Hasta el banco en donde estaban Manuel y Carmen sentados, llegó el tintineo de las monedas que tiraba el padrino a los chiquillos en el atrio de la iglesia. La necesidad de amor que sentían hizo que las manos se encontraran en un gesto de reconciliación sin más explicaciones. El se dio cuenta que la estaba presionando demasiado y ella sabía que iba a tener que acceder a sus exigencias si no quería perderlo.

—Está bien. Lo espero el sábado a las siete. Y no se olvide que lo amo. —le dijo tímidamente.

—Allí estaré amor mfo. Usted va a tener que ser fuerte. — Ella se alejó con paso ágil dejando al joven sentado en el banco de la plaza. Por largo rato permaneció allí, contemplando a las damiselas que coquetas se paseaban parasol en mano, en un revuelo de tafetán y ruchas y un despliegue de abanicos.

¡Carajo. . . ! Cómo me aprieta esta corbata— se dijo Manuel. Levantándose se dirigió a casa de la tía María en donde lo esperaban varios chumiqueños para hablar de política.

XIV

Cuando Carmen y Eugenia regresaron de Chumico se encontraron con que las cosas no andaban muy bien que digamos en la casa de La Loma de Las Perras. Doña Evarista, de novia feliz se había tornado en mujer sufriendo. El español resultó ser como muchos de los de su raza, avaricioso y sobre todo, dominante. Ella, que por sus esfuerzos había tenido una libertad económica desde la muerte de su primer marido, ahora se veía supeditada a justificar sus menores gastos. Después de sufrir privaciones, por varios meses, ya que el sueldo del militar no daba para mucho, le pidió que la dejara trabajar nuevamente en la fonda. Pero el Capitán temía el qué dirán y le prohibió que se acercara al establecimiento, malamente manejado por algunos empleados que jamás habían conseguido aprender el secreto de los excelentes guisos que producían las manos de Evarista. Para colmo de males, el español resultó ser un amante poco fogoso y esa fue la peor de las desilusiones para la viuda. Ahora, cuando su cuerpo de cuarenta y dos años ardía con los fuegos intensos del amor otoñal, el hombre sólo

pretendía comodidad, perezas y una mujer leal al fogón, sin exigencias de ninguna clase. Carmen encontró a su madre triste y desilusionada. Vivía enfrascada en sus preocupaciones sin tiempo ni deseo de escuchar a la hija y mucho menos dispuesta a aceptar la idea de un yerno tan controversial con la actitud de la época. Blancos y negros sí podían luchar y morir juntos en el campo de batalla, pero casarse? ¡Jamás!

Cuando Carmen regresó del parque después de su reunión con Manuel, Evarista la esperaba con el ceño adusto y un regaño agrio a flor de labios. Pero ella se adelantó y no la dejó hablar.

—El sábado viene Manuel a visitarnos, mamá. Le pido por favor que lo reciba. No le cuesta nada escuchar lo que tiene que decirle. Ya **usted encontró** la felicidad que buscaba y por lo menos deje que yo trate de hacer lo mismo.

—Está bien — contestó resignada acordándose de los extremos de terquedad a que podía llegar su hija menor.— Pero no crea que me va a hacer cambiar de opinión.

“Tonta, tonta hija mía,— pensó desesperada.— ¿Cree que es tan fácil buscar la felicidad? ¿Cree que eso depende de un hombre? Tiene tanto que aprender hija! ¡Qué no diera yo por ser como Ud, joven y libre y no amarrada a este señor que me amarga tanto los días que me quedan! Y Ud. quiere desperdiciar su juventud con ese negro? Se va a ganar el desprecio de sus amigas y después la dejará por cualquier otra mujer. ¡Los hombres son así! Pobre tonta hija, si pudiera hacerla entender lo equivocada que está! .”—

Y en voz alta volvió a repetir con frialdad:

—No va a hacerme cambiar de opinión diga lo que diga.—

—Gracias, mamá.— Por lo menos le agradezco que lo reciba.—

El sábado en la noche al llegar Manuel a la casa de Evarista, la encontró iluminada como si fuera un día de fiesta. Esta vez fue Eugenia quien le abrió la puerta dejándolo pasar a la sala. A

pesar de sus prejuicios la vieja le tenía afecto y al verlo lo saludó efusivamente y aprovechó la ocasión para hacer toda clase de preguntas acerca de la situación en Chumico.

—Y cómo dejó a mi buena amiga Matilde? Espero que ya se encuentre del todo recuperada de su herida. . . Ya me dijo Carmen que Pastor está libre. ¡Gracias a Dios que no sucedió una desgracia!

Manuel la saludó cortésmente quitándose el sombrero al entrar y en vano trataba de contestar a todas las preguntas que le hacía la vieja sin esperar respuesta. Nerviosa por la situación que se avecinaba, seguía hablando como si no estuviera pasando nada y se trataba de una visita más. En la sala lo esperaban Evarista y el Capitán Biendicho sentados rígidamente en sillas de respaldo recto. A última hora Evarista había mandado a sacar de la sala las cómodas mecedoras para darle a la reunión un tono más formal. Eugenia hizo las presentaciones y finalmente Manuel se sentó con el sombrero sobre las piernas porque nadie se ofreció a quitárselo de las manos. Carmen permanecía en su cuarto a petición de la madre.

—Joven, estamos dispuestos a escuchar su proposición— pomposo anunció don Francisco, como si él tuviera vela en ese entierro.

Algo molesta por la inoportuna intervención del Capitán, Evarista lo miró irritada.

“Tiene buena presencia a pesar de que es negro” pensaba la madre.

Manuel se sentía seguro del amor de Carmen y los prejuicios de la familia le importaban muy poco. Una sonrisa que dejaba ver la perfección de su dentadura blanca le llenaba el rostro; comenzaba a divertirse lo ridículo de la escena de que era parte. Evarista se sentía desconcertada ante la actitud del muchacho.

—Señora, tengo el honor de pedirle en matrimonio la mano

de su hija Carmen. Comprendo que la costumbre exige que sea mi progenitor el que se encargue de este menester, pero desgraciadamente, mi padre murió hace más de un año. Nosotros somos gente pobre pero muy honrada. El nombre Muñoz es bien conocido en la Isla de San Miguel por su probidad.. .

—Y con qué medios cuenta usted para mantener a una esposa? —le interrumpió el Capitán.

— ¡Por favor, Franciscol Deje usted que sea yo quien maneje este asunto. Después de todo se trata de mi hija— le dijo de mal talante Evarista que no estaba dispuesta a permitir que el marido se inmiscuyera en los asuntos de la familia. El español adoptó una expresión de desagrado, pero no dijo nada más.

—Por muchas razones que ya debe saber, yo no estoy de acuerdo con que mi hija se case con usted. A mí no me importan los medios con que cuenta ni de qué familia proviene. ¡Si Carmen insiste en esta locura, saldrá de esta casa sin recibir mi bendición..! Dando por terminada la entrevista, se levantó con ademán altanero dirigiéndose hacia la puerta de la sala. Manuel no se movió de la silla en donde estaba sentado a pesar del gesto de desprecio de la mujer.

—“¿Con quién se creará esta vieja que está tratando?” —pensó—” Ella le podrá hablar así al cara de perro ese conque se ha casado pero conmigo se ha equivocado de tono. Tengo que dominarme porque me dan ganas de soltarle una gaznatada por atrevimiento. . .!—

—Señora, perdone usted pero antes de irme deseo hablar con Carmen— le dijo con voz firme que no daba lugar a dudas acerca de su determinación.

--No hay más que hablar!— le respondió Evarista, algo sorprendida por la insistencia del muchacho.

—Nuevamente le pido que disculpe mi atrevimiento pero deseo verla antes de partir de esta casa. Quiero escuchar de sus labios que no acepta mi propuesta.-

— ¡Francisco! Ordénale a este caballero que se retire de esta casa de inmediato!— dijo rabiosa.

—Y ahora quiere usted que yo ordene? usted misma me pidió que no me entrometiera en este asunto— replicó con malevolencia el capitán, todavía molesto ante el despliegue de autoridad de que hacía gala la esposa.

—Sería mejor que llamáramos a Carmen— se atrevió a decir tímidamente Eugenia quien desde un rincón de la sala había presenciado toda la entrevista.

Sin esperar la autorización de Evarista fue a llamar a la muchacha que ansiosamente esperaba noticias de la reunión. Al entrar en la sala de inmediato se dio cuenta de la hostilidad que flotaba en el ambiente. Doña Evarista estaba parada en la puerta y el Capitán, nerviosamente, se retorció los bigotes con ambas manos. Al verla, Manuel se levantó y acercándose a ella le habló con voz firme.—

—Carmen, he venido hasta aquí a pedir su mano en matrimonio. Su señora madre me acaba de informar que nuestra unión es imposible por razones que no acabo de entender bien. Yo tengo un compromiso con usted y deseo saber de sus propios labios si desea romperlo. Si es así, me iré sin molestarla más.

Para Carmen había llegado la hora de las decisiones y ella lo sabía. Sin mirar a la madre que desde la puerta la contemplaba ansiosamente, se acercó a Manuel dándole la mano con un gesto de entrega total mientras le decía:

—Acepto su propuesta Manuel. Nos casaremos cuando quiera.—

—Gracias Carmen. Me hace usted un gran honor e inclinándose le besó la mano con ternura.— Regreso a buscarla el lunes temprano. Nos iremos a San Miguel.

Se puso el sombrero y saludando a Evarista con una inclina-

ción de cabeza salió de la casa sin decirles nada más. Furiosa, la madre se dirigió a la muchacha que parecía una estatua parada en medio de la sala.--

—Si se va con ese hombre, no cuente conmigo para nada. Ya lo sabe. ¡No vuelva a pisar esta casa!

--Mamá, por favor. Trate de comprender! . . .

—Jamás me va a convencer de que acepte como yerno a ese negro. . .!

Carmen guardó silencio. ¿Para qué hablar? Era inútil discutir con la madre obcecada en su decisión. Evarista se fue a su cuarto dando un portazo seguida de don Francisco que con gesto de dignidad ofendida, pasó al lado de Carmen sin mirarla como si no existiera.

Madre e hija no volvieron a cruzar palabra hasta muchos años después. En los días que siguieron, Carmen se dedicó a recoger sus pertenencias tratando de prestar oídos sordos a las quejas y reproches que constantemente le hacía Eugenia. El día en que Manuel llegó a buscarla en un coche de alquiler, la muchacha intentó despedirse de Evarista pero ella se negó a salir de la habitación en donde se había encerrado desde la noche de la visita de Manuel. Ni el Capitán lograba arrancarle media palabra a pesar de sus esfuerzos. La mujer se postró en su lecho y allí permanecía con la mirada perdida y el rosario entre las manos. Carmen fue sacando los bultos a la calle ayudada por Manuel, cuando de repente apareció Eugenia en la puerta de la casa con su maleta de lona debajo del brazo y vestida como para irse de viaje y con voz firme anunció sus intenciones a la pareja que la contemplaba asombrada.

—Que no se diga que una sobrina mía ha salido de su casa a casarse sola. Hasta que esta unión no se legalice ante los ojos de Dios, no me apartaré de su lado! — Sin más se encaramó en el coche con gesto decidido. Carmen la abrazó, conmovida ante el gesto de la tía. A las pocas horas se embarcaron a San Miguel sin que nadie en la familia las fuera a despedir. Las hermanas de Car-

men morían de vergüenza con el asunto del novio negro que había disgustado tanto a Doña Evarista y prefirieron quedarse en sus casas.

—Ya se arrepentirá de esa locura— les decían a todas las amistades.— Y lo peor es que va a matar a nuestra madre con su desobediencia.— Carmen siempre ha sido tan terca. ¡Ya le pesará haber sido tan obstinada!—

XV

La travesía fue fácil y rápida; los vientos hincharon generosamente las velas del barco que conducía a los novios a su destino. Hasta Eugenia, que detestaba los viajes por mar, esta vez no se mareó y pasaba los días en cubierta descansando en una silla. Manuel, enseñó a Carmen a leer el rumbo que marcan las estrellas y a regocijarse con las piruetas que hacían los bufeos en medio de las olas. Ella se sentía feliz y venciendo su timidez le dio besos con sabor a salitre. Fue un viaje inolvidable y quizás la época más dichosa en la vida de los dos.

Al llegar a San Miguel fueron recibidos por los tíos de Manuel, gente humilde que manifestaron su regocijo al enterarse de que el sobrino venía a casarse allí con la señorita que lo acompañaba y que todos encontraban de su agrado. Como nunca la novia sonreía ruborosa ante los comentarios de la familia que no cesaba de alabar el buen gusto del Manuel.

El matrimonio tuvo lugar dos semanas después en la iglesia del pueblo. Carmen, vestida con su traje blanco de graduación y una mantilla en la cabeza, llegó del brazo de uno de los tíos de Manuel que había pedido prestada la levita del Alcalde para estar a tono con la ocasión. Antes de salir de la casa, Eugenia le había dado la bendición que la madre le negara; pero a pesar de todos los festejos, Carmen no lograba disipar la tristeza que la embargaba al acordarse de los malos ratos que había pasado antes de salir de la capital.

Después de la boda se fueron a vivir en la casita de uno de los parientes de Manuel que había enviudado recientemente y se había ido a pasar unos meses a Panamá. La vieja Eugenia regresó en el primer barco en que pudo conseguir pasaje y Manuel y Carmen quedaron solos por primera vez. En San Miguel aprendió Carmen los misterios del amor masculino que Manuel le enseñó con paciencia y delicadeza. Fueron muy felices durante esos primeros días de matrimonio que dejaron una huella profunda en la vida de la mujer.

Muchos años después, cuando ya el recuerdo del amor entre los dos se había evaporado, ella cerraba los ojos y la remembranza de aquellos meses en San Miguel, llenaba su alma de ternura que en algo mitigaba el resentimiento de antaño.

Los días y las semanas pasaban casi sin darse cuenta. Manuel, afanoso, se dedicaba a tramitar la compra de un barco con el producto de la venta de las perlas. Había encontrado uno que vendían casi nuevo. Su dueño lo había navegado unas cuantas veces desde Buenaventura a San Miguel hasta encallar al sur de la isla durante una tormenta. De allí lo había sacado con gran dificultad y lo estaban reparando en el puerto. El dueño se había empeñado en venderlo, convencido de que el barco tenía mala suerte. Manuel y él casi habían llegado a un acuerdo. Carmen impaciente le preguntó:

—Cuándo regresamos a Chumico? Quiero que nuestro hijo nazca allá.

—Pronto me entregarán el barco y es posible que salgamos

para fines de mes— le contestó, mientras le acariciaba el largo cabello suelto sobre la espalda, todavía húmedo del baño reciente.

—Me preocupan mis alumnos. Sé que no han mandado a otra maestra y casi estamos en septiembre. Me duele que pierdan todo lo que habfan aprendido conmigo.—

—No se impaciente. Pronto estaremos allá, — le prometió Manuel.

Finalmente logró comprar el barco deseado a muy buen precio. Manuel lo bautizó "Mi Destino" en un arranque de fatalismo. La nave era de un mástil con tres velas y en alta mar resultó ser muy marinera. Su esbelta proa cortaba el agua ágilmente y sus amplias bodegas eran capaces de almacenar una buena cantidad de carga. Se deslizaba por encima del lomo de las olas en un revuelo de espuma y encajes, con un eterno arco iris prendido en su proa.

Regresaron a Chumico en septiembre acompañados de seis hombres que en vano esperaban el llamado de la revolución en San Miguel. Llegarán a la playa con la marea llena. Ya todos sabían en el pueblo que Manuel regresaba casado con la maestra y bajaron a recibirlos con grandes muestras de alegría. Hasta Doña Matilde, totalmente recuperada de su herida, estaba en la playa esperando a que desembarcaran.

Desde el asunto de Pastor todos eran de la opinión de que Manuel era un héroe, puesto que había salvado al pueblo librándolo de los soldados colombianos. Ahora que se había desposado con Carmen se convertía en uno de sus ciudadanos importantes. Fueron a vivir en casa de la maestra que aún conservaba intactos los muebles que Evarista le había mandado. Desde su llegada y a pesar de su gravidez Carmen se dedicó con ahínco a reorganizar las clases. Manuel por su parte compraba mercancía para llevar a la capital en su flamante barco. Las mujeres se afanaron en tejer y bordar primorosas prendas para el primogénito de la maestra, esperado a mediados de Enero. Los días iban pasando lentamente entre lluvias y alguna que otra noticia que les llegaba de Panamá.

En el resto del Istmo había gran intranquilidad y en cualquier momento se esperaba un levantamiento armado. En noviembre Manuel zarpó con su barco lleno de mercancía. Llevaba las bodegas repletas de maderas, carbón de mangle, cueros de tigrillo y de caimán, cocos y plátanos. El día de la salida de "Mi Destino" hubo una gran celebración. Era esa una fecha importante en la historia de Chumico; por primera vez uno de sus habitantes era dueño de un barco de ese tamaño en el cual podían transportar las riquezas de la región. Seguramente Manuel se haría rico pronto, comentaban orgullosos. Ah Sing le hizo toda clase de encargos para el viaje de regreso. El chino había regresado hacía unos meses acompañado de la esposa que la Sociedad China de San Francisco le había procurado. Todos felicitaron a Manuel y se alegraban de su buena fortuna. Carmen bajó a despedirlo a la orilla de la playa y le pidió que fuera a visitar a su familia para obtener noticias. Ella se quedó acompañada de Lilia la sordomuda que había aparecido en el pueblo después que salió el último soldado. A pesar de las molestias que sentía por su abultado vientre siguió dando clases. Le costaba trabajo conciliar el sueño sin tener a Manuel a su lado en el amplio lecho y se pasaba las horas sentada en la oscuridad rumiando sus pensamientos de mujer embarazada.

—Será hombre o mujer? ¡Cómo se mueve pareciera que se me va a salir de la barriga!— ¡Dios mío! Ojalá que salga bueno y sano y no como el hijito de Leoncia que nació deforme.

Trataba de rezar para borrar los malos pensamientos que la acosaban sin lograrlo. Para distraerse, intentó acercarse a la delicada flor del Oriente que Ah Sing había desposado pero le fue imposible. La chinita no salía de la trastienda, quizás, apenada por no hablar el lenguaje y asustada por los chumiqueños tan distintos de la gente con quien había vivido toda su vida en Cantón. Carmen trató de hacerse entender de todas maneras pero fue en vano. La muchacha insistía en mantener su soledad y Ah Sing preocupado por los negocios y la tienda no le prestaba la más mínima atención ni trataba de ayudarla a encontrar amistades.

Manuel regresó cuatro semanas más tarde. Carmen vio las velas desde lejos y supo que era él que retornaba. Llena de alegría bajó a la playa a esperarlo. Llegó en una panga y sin detenerse a sa-

ludarla salió presuroso hacia casa de Juancho acompañado de Carmen que no lograba entender el porqué de la frialdad del encuentro. Juancho lo estaba esperando porque también se había dado cuenta de la llegada de "Mi Destino" a la bahía.

—¡Juancho, ya comenzó la revolución!— anunció Manuel sin ningún preámbulo.

—Qué ha pasado— lo interrogó el otro ansiosamente.

—Un grupo de liberales se ha tomado la ciudad de Natá y se dice que también capturaron las plazas de Penonomé y Aguadulce casi sin disparar un solo tiro.—

—Y entonces, ¿qué tenemos que hacer nosotros?—

—No estoy seguro— replicó Manuel. —Por la capital corren toda clase de rumores pero nadie sabe con certeza qué está pasando.

—Y el doctor Belisario Porras ya regresó?—

—No. Dicen que anda por Nicaragua buscando ayuda pero nadie está bien enterado de su paradero o de la situación. Me contaron que entabló negociaciones con el General Uribe, el dirigente colombiano.

—Quién es Uribe? ¿Se puede confiar en él?— preguntó Juancho.

—Es un político importante. Dicen que es una gran persona y un liberal dedicado a la casa.

—No confío en esos colombianos por muy liberales que sean dijo Juancho pensativo. —Desde la última revolución han ocurrido muchas cosas raras y en el Istmo siempre llevamos las de perder.

—No seas pesimista Juancho. Ya verás que bajo la Jefatura del Doctor Porras vamos a restaurar la República, aunque tengamos que morir muchos. Hay que tener fe y confiar en el futuro.

Pero el viejo, curtido por la experiencia de los años y las muchas luchas de que había sido testigo, no se dejaba convencer por el entusiasmo de Manuel.

—No nos precipitemos a actuar todavía —le dijo. —Esperemos la llamada de la gente de San Miguel. Ellos tienen vínculos con los liberales del Cauca y nos avisarán cuándo tenemos que reunirnos con los otros grupos. Esto podría ser muy peligroso y hay que proceder con cautela.—

Algo desalentado, por la falta de entusiasmo que notaba en los argumentos del viejo, Manuel asintió y sin más se fue con Carmen a su casa en silencio.

—Manuel— le preguntó la mujer tímidamente— ¿Usted cree que habrá guerra abierta?

—No hay otra salida que la guerra y va a ser algo terrible. Es necesario liberar a la Patria de tanta opresión. No hay otra salida que la guerra. . —repitió con un gesto sombrío casi hablando consigo mismo.—

XVI

Cuando llegó la hora del alumbramiento, Carmen no estaba preparada para aguantar en silencio la intensidad del dolor que poseía su cuerpo y desgarraba sus entrañas. Manuel aún no había regresado de su segundo viaje a la capital y se encontraba sola. Lilia mandó a buscar a Felicia y a Rosa la comadrona y juntas, las tres mujeres, velaban sobre el cuerpo de la pobre muchacha que se estremecía en su agonía sin encontrar alivio.

—Este niño es grande y la Niña Carmen tiene los huesos algo estrechos— anunció Rosa después de examinarla. —Esto va a coger su tiempo.— Las horas pasaban lentamente mientras Carmen se retorció con los dolores cada vez más intensos. A media noche vinieron a avisarle a Rosa que la necesitaban para que atendiera a la mujer de Ah Sing.

—Corra Doña Rosa— le dijo asustado Jonás— la señora está muy mala. Sangra mucho y Ah Sing no sabe qué hacer.—

— ¡Dios mío.. ! Ella sólo tiene siete meses de embarazo.—

—Vaya usted Rosa— le dijo Felicia.— Yo me quedaré con Carmen.— Junto a su lecho veló toda la noche, secándole el sudor de la frente y sobándole la barriga con aceite de coco como había visto hacer a Rosa tantas veces. Finalmente a las seis de la mañana, cuando las beatas le encendían velas al Santo Cristo de Chumico, pidiéndole un milagro, nació la hija de Manuel y Carmen, dejando a la madre totalmente exhausta por el esfuerzo que acababa de realizar, pero fuera de peligro. A esa hora regresó Rosa de la casa del chino, después de amortajar los restos mortales de la bella extranjera que murió con su hijo adentro.

—Se desangró la pobrecita— les informó Rosa.— No pude hacer nada por ella. El hijo no quiso nacer en estas playas.. .Hasta me parece que ella no deseaba seguir viviendo.

Ah Sing se encerró en la tienda sin querer hablar con nadie. Dos días después salió acompañado por Jonás, cargando el féretro hecho de cajones y cubierto con tela blanca. Sin rezos, la enterraron en la parte de abajo del cementerio que da al mar. La tumba la marcó con una gran piedra que él mismo talló con signos extraños y adornó con flores blancas de papel. Por dos semanas, a diario llevó al cementerio vasijas de arroz y pescado que cuidadosamente colocaba alrededor del montículo. Todos pensaban que se estaba volviendo loco pero volvió a abrir la tienda y se instaló detrás del mostrador, enigmático como si nada hubiera pasado. A la Sociedad China de San Francisco le envió una nota que le redactó Felicia y en ella pedía la devolución de la suma de dinero que había pagado por la esposa demasiado débil para sobrevivir un embarazo.

Manuel regresó a Chumico cuando su hija ya tenía dos semanas de edad y comenzaba a distinguir las sombras a su alrededor. Carmen todavía guardaba la cuarentena y no había salido de su cama. Se sentía débil y agotada por el parto tan prolongado y la noticia de la muerte de la mujer de Ah Sing, que la había deprimido mucho. Manuel llegó cargado de regalos para la esposa pero ella lo recibió con indiferencia; todavía no le perdonaba el ha-

berla dejado sola cuando más lo necesitaba. Manuel la encontró pálida y desencajada, metida debajo de un mosquitero con un parche de tracamaca de aire detrás de cada oreja que le había puesto Rosa para quitarle las fiebres que sacudían su cuerpo y que no habían cedido aún con las tisanas que le daban a tomar a todas horas. En la cabeza tenía un trapo amarrado para evitar que se resfriara. A los cuarenta días finalmente la dejaron levantarse. Temblosa y adolorida salió al patio por vez primera desde el alumbramiento. Le quitaron de la espalda los parches de caraña hedionda y las mujeres la ayudaron a bañarse con agua calentada al sol y le frotaron el cuerpo con hojas de albahaca. Carmen sintió como si hubiera renacido. La alegría de ver a su hija tan llena de vida y sin deformidades le hizo olvidar el rencor que sentía en contra de Manuel. Este, aunque estaba impaciente por irse nuevamente a recoger noticias de la guerra, no se había atrevido a embarcarse para no disgustarla más de lo que estaba. Pero al fin, cansado del malhumor de la mujer en cuarentena, acabó por refugiarse otra vez en los brazos de Lastenia que incansablemente lo perseguía por todo el pueblo. Por esta vez las mujeres fueron compasivas y no fueron donde Carmen con los cuentos de las escapatorias del marido con la otra. A medida que la maestra iba recuperando las fuerzas se fueron disipando poco a poco las sombras que existían entre los dos y volvieron a ser marido y mujer.

En mayo regresó a Chumico "La Princesa" procedente de la capital. Venía cargada de mercancía para Ah Sing y con noticias de la revolución. Como reguero de pólvora corrió por el pueblo la novedad de que el Doctor Belisario Porras había desembarcado en Punta Burica, Chiriquí, con un destacamento como de doscientos hombres provistos de armas y que se habían tomado la plaza de David. ¡Ahora sí la revolución había comenzado! Pastor que había hecho el viaje de regreso en "La Princesa", era uno de los más informados de los recientes sucesos. Se convocó enseguida una reunión en la plaza de la iglesia a la cual asistieron todos los hombres que se encontraban en el pueblo.

—Señores, ha llegado la hora. La revolución necesita de voluntarios. Esta noche "La Princesa" sale hacia San Miguel a recoger

a otros que esperan el llamado —les anunció Pastor solemnemente.

—Mi barco irá también— dijo Manuel. Entre los dos podremos traer hasta cincuenta hombres y los víveres que vamos a necesitar. —Del Darién han llegado varios que esperan transporte.

—Hay que tener mucho cuidado —dijo una voz. —La fragata militar ya debe estar avisada y nos darán caza si nos encuentran.

—Viajaremos de noche y sin luces —sentenció Manuel.— De día podremos refugiarnos cerca de la costa. Los colombianos le tienen miedo a los arrecifes con esos barcos tan grandes en que navegan.— Todos comenzaron a discutir a la vez. Eran una veintena de hombres dispuestos a unirse a la causa liberal a sabiendas de los peligros que los esperaban. Juancho alzó la voz para hacerse oír, tratando de imponer orden en la reunión.

—No podemos irnos todos. Alguien tiene que quedarse en el pueblo o nuestras familias pasarán hambre. Propongo que vayan solamente los más jóvenes y fuertes. Nosotros los viejos nos quedaremos atrás. Algunos de los aludidos protestaron enérgicamente ante la sugestión de Juancho, arguyendo que todavía les quedaban muchos años por delante y se sentían fuertes para la lucha, pero acabaron por aceptar la propuesta pues sabían que el viejo tenía la razón. Acordaron salir esa noche con la marea alta aprovechando la oscuridad. Manuel regresó a su casa en donde encontró a Carmen amamantando a la hija.

—Salgo esta noche y es posible que no regrese por mucho tiempo— le anunció.

—A dónde va? — le preguntó Carmen, preocupada por el tono grave del marido.

—Vamos a unirnos al ejército liberal que comanda el Doctor Porras. Ya llegó la hora de la revolución y nos necesitan. Juancho velará por ustedes para que no les falte nada.— Carmen asintió resignada. Ya habían hablado tanto de la revolución y la guerra que se avecinaba, que se había acostumbrado a la idea de

que algún día Manuel tendría que partir. A pesar de ello se sentía llena de tristeza y de temor por lo que pudiera ocurrir. Levantándose de la mecedora colocó a la niña con cuidado en la cama y abrazó a Manuel con ternura.

—Vaya usted con Dios, esposo mío. Rezaré día y noche para que el Señor lo proteja y nada desagradable le suceda. No se preocupe por nosotras que ya Dios proveerá.

--Le mandaré noticias cada vez que pueda pero va a ser difícil.

—Sí, comprendo. Sólo le pido que tenga cuidado y no se arriesgue innecesariamente. Puede ser muy peligroso eso de la guerra.

Comieron en silencio y después ella le ayudó a empacar las pocas cosas que se llevaba en el saco de yute. Un machete bien afilado, la escopeta nueva que había comprado en el último viaje que había hecho a la capital, brea para la pipa y las botas de cuero que había estrenado al ir a pedir su mano. Se despidieron en la casa con un fuerte abrazo y una bendición final. Ella se quedó en la oscuridad, reprimiendo el llanto que le quemaba la garganta para no preocuparlo. Los hombres se reunieron en la playa y en silencio se iban embarcando en las pangas que esperaban. Lastenia se acercó a Manuel casi en la orilla y lo abrazó con pasión, mientras que le susurraba palabras de despedida al oído.

—Regrese pronto Manuel, que aquí lo estaré esperando. Voy a tener un hijo y esta vez no se me va a malograr.

El sin decirle nada la estrechó largamente, sintiendo el calor de su cuerpo y el aroma de las flores que llevaba prendidas en el pelo. La imagen de Carmen con la niña entre sus brazos interrumpió el momento y se sintió triste y desconcertado. Cuando regresara, iba a tener que ordenar su vida en alguna forma. Echándose el saco al hombro se encaramó en la panga que era empujada playa afuera por los hombres que se quedaban. Entre ellos se encontraba Juancho dando consejos de última hora. La voz emocionada del viejo les deseaba toda clase de éxitos.

--Vuelvan pronto muchachos y que Dios los bendiga.-- Con

Manuel partían ocho hombres entre los que se encontraban su hermano Nicolás y Pastor Gutiérrez. Mar afuera meciéndose en el oleaje de la marea llena, los esperaban dos barcos en la oscuridad.

Había comenzado la guerra que asoló el Istmo de Panamá por tres largos años y que diezmó la flor de su juventud.

CABLE ENVIADO DESDE LA CIUDAD DE PANAMA POR EL CONSUL AMERICANO HEZEKICH A. GUDGER A DAVID A HILL, ASISTENTE DEL SECRETARIO DE ESTADO, DEPARTAMENTO DE ESTADO, WASHINGTON, D.C., ABRIL, 3 DE 1900.

“Barco nicaragüense ha desembarcado tropas en Chiriquí, cerca de David. Espero instrucciones”.

MANIFIESTO ENVIADO AL PUEBLO DE PANAMA, POR EL DOCTOR BELISARIO PORRAS (circulado ampliamente por medios consulares).

“Hemos venido a restaurar la República, a liberar la patria escarnecida en tantos días de oprobio. . Sé que vamos a lanzarnos a una aventura sin precedentes llena de azares y lo cumplimos con FE, VALOR Y ENTUSIASMO”.

CABLE ENVIADO POR EL CONSUL HEZEKICH GUDGER AL DEPARTAMENTO DE ESTADO D.C. ABRIL 11, 1900

“Aproximadamente doscientos hombres bien armados con cuatro piezas de artillería y quinientos rifles, bajaron a tierra cerca de David, a más o menos trescientas millas al Norte de la ciudad de Panamá el domingo primero de abril”.

CABLE ENVIADO POR EL DEPARTAMENTO DE ESTADO WASHINGTON D.C. AL CONSUL AMERICANO EN PANAMA HEZEKICH GUDGER, ABRIL 20, 1900.

“Enviaremos barco de guerra” “USS PHILADELPHIA” bajo el comando de WV MEAD a visitar gobierno rebelde en David, Chiriquí. Queremos asegurarnos que no pelagra la propiedad ni la vida de los ciudadanos norteamericanos en el área”.

CABLE ENVIADO POR EL COMANDANTE WV MEAD DEL USS PHILADELPHIA AL DEPARTAMENTO DE ESTADO DESDE DAVID, CHIRIQUI.

“Ciudadanos americanos en el área a salvo. Revolucionarios no parecen ser criminales.

THE NEW YORK TIMES publicación de Mayo 1, 1900.

“Revolución armada se desata en el Istmo de Panamá. Quinientos hombres marchan hacia la capital desde David, capturando todos los pueblos intermedios. El gobierno hasta ahora, no se ha decidido a intervenir en el asunto. La actitud que prevalece en Washington es de esperar y ver qué giro toman los acontecimientos. Aún no se reportan bajas pero ciudadanos americanos que viven en el área temen que la guerra se extenderá por toda la región”.

CARTA ENVIADA POR A. W. WATTS, VICE-CONSUL DE LOS ESTADOS UNIDOS EN PANAMA A LA SEÑORITA MADGE WILLIAMS PRIMERA CORISTA DEL TEATRO PALLADIUM DE LA CIUDAD DE NUEVA YORK, MAYO 15, 1900.

Mi querida Madge:

Con esta misiva reciba usted un pedazo de mi corazón. Una vez más deseo reiterarle mi más profundo y sincero cariño.

Estoy sumamente preocupado porque me parece que no voy a poder cumplir la promesa que hice de visitarla en junio. Se ha desatado una rebelión armada en el Istmo y no creo que me concedan licencia para viajar hasta cuando la situación mejore. Los revolucionarios han desembarcado por el área de Chiriquí en donde ciudadanos americanos tienen grandes inversiones y es muy posible que nuestro gobierno se vea obligado a intervenir en el asunto.

Ya vé Usted, mi adorada, cómo todo conspira para separarnos; primero mi familia y ahora esta guerra. Le suplico que tenga un poco de paciencia conmigo y le aseguro que a más tardar en septiembre estaré a su lado besando sus divinos pies.

Tenga compasión de mi soledad y escríbame pronto.

Su rendido admirador,

Albert.

DESPACHO DIPLOMATICO DEL 10 DE MAYO DE 1900
ENVIADO A SUS RESPECTIVOS GOBIERNOS POR LOS CONSULADOS AMERICANO, BRITANICO Y FRANCES.

“Doctor Belisario Porras ha entrado pacíficamente en la plaza de Las Tablas. Recibimiento por parte de la población fue apoteósico. Revolucionarios se encuentran a cuatro días de marcha de la ciudad de Panamá.

Hay mucha excitación en el pueblo. Recomiendo se envíe barco de guerra cuanto antes para controlar la situación antes de que sea tarde”.

DESPACHO DIPLOMATICO DEL 25 DE MAYO DE 1900

“Abandona la plaza de Aguadulce el Comandante conservador José María Núñez Roca. Plaza ha sido tomada por el doctor Belisario Porras”.

DESPACHO ENVIADO AL DOCTOR BELISARIO PORRAS
POR EL SERVICIO DE INTELIGENCIA DEL EJERCITO LIBERAL EN EL ISTMO, MAYO 25, 1900.

“El gobierno ha desplazado tropas hacia Antón para detener su marcha hacia Panamá”.

DESPACHO ENVIADO AL GOBERNADOR JOSE MARIA CAMPOS SERRANO POR EL SERVICIO DE INTELIGENCIA DEL EJERCITO CONSERVADOR. MAYO 25, 1900.

“Dirigentes liberales pelean entre sí. Existe gran antagonismo entre el Doctor Belisario Porras y el General Emiliano Herrera. Hay que aprovechar la división”.

XVII

Cansado por la noche de guardia, Manuel buscó un lugar en donde descansar pero en la cubierta del pequeño barco no cabía un hombre más. Resignado, se paró otra vez junto al timón y siguió oteando el horizonte con atención. Llevaban días navegando de noche, tratando de pasar desapercibidos por los barcos del gobierno que divisaban en la lejanía de vez en cuando. Mañana posiblemente llegarían a su destino para unirse finalmente al ejército liberal. Hacía días que habían perdido de vista a "La Princesa" que desde la salida de San Miguel se había mantenido cerca de ellos. Manuel se sentía preocupado por la suerte del otro barco en donde navegaba su hermano Nicolás. Al llegar cerca de las playas de Bejuco, con la primera luz del día, notaron que otros barcos de vela se dirigían, como ellos, hacia la costa.

Desembarcaron de la nave todos los voluntarios y la dejaron a cargo de dos viejos marineros que tenían órdenes de Manuel de regresar a Chumico con la primera marea. Manuel temía

que el barco fuera destruido por los cachacos si lo encontraban navegando por esas aguas. Llegaron algo asustados a la playa extraña donde fueron recibidos por otros voluntarios que marchaban por todos los senderos rumbo al campamento liberal. Hombres procedentes de La Chorrera, San Carlos, y Panamá, mal vestidos, peor armados, empapados hasta los huesos por la lluvia pertinaz que no dejaba de caer, pero llenos de entusiasmo y patriotismo. Al llegar al campamento liberal en Bejuco, Manuel y los suyos encontraron al ejército recuperándose del combate de la Negra Vieja que habían librado unos dos días antes. Los recién llegados se emocionaron al oír el relato de cómo los rebeldes habían vencido al ejército conservador equipado de armas modernas y municiones abundantes. Los liberales no eran sino una banda de quinientos hombres con poca disciplina y provistos de armas viejas casi inservibles. El ataque enemigo había sido muy duro ya que ellos contaban con varios batallones y más de ochocientas plazas. El combate había durado más de ocho horas y el último intento de reagrupación de las tropas del gobierno fue desbaratado gracias al heroísmo del batallón de los "Libres de Chiriquí". Los revolucionarios no pudieron perseguir al enemigo que huía por estar faltos de regimientos de caballería. Las bajas habían sido numerosas y se comentaban por todo el campamento que el mismo Doctor Porras estuvo a punto de sucumbir, víctima de una granada que había caído a su lado. El triunfo obtenido había servido para mitigar en algo las desavenencias que existían entre los jefes y que todos en el campamento comentaban.

Ya se había dado la orden de reorganizar el ejército en espera de los refuerzos y armas que traerían otros liberales del extranjero. La comida escaseaba, pero la moral de la tropa era alta. Después de socorrer a los heridos y acabar de enterrar a los muertos, salieron rumbo a Chame en donde acamparon nuevamente. Manuel y los otros que habían venido desde San Miguel, por tácito acuerdo se habían añadido a un batallón llamado "Cazadores del Pindo" compuesto en su mayoría por negros caucanos que venían de participar de varias batallas en Colombia. Su comandante, el General Ramírez, con reputación de valentía y caballerosidad era muy popular entre la tropa. Habían llegado al área en el vapor "Gaitán" después de participar en el combate de Tumaco.

En Chame los nuevos reclutas fueron llamados a inscribirse por el Coronel Temístocles Díaz quien había llegado con otros refuerzos.

— Su nombre caballero?

— Manuel Muñoz, para servirle, mi Coronel.

— Y de dónde viene usted muchacho?

— De Chumico y San Miguel, Coronel. Somos veinticuatro que llegamos embarcados de allá.

— Sabe usted manejar la escopeta que carga?

— Sí Señor. Tengo buena puntería.

— Entonces sería mejor que manejara un rifle. Usted y los que lo acompañan acamparán del lado de esa lomita.

— Gracias Coronel. Ya verá que seremos buenos soldados.

El Coronel Díaz quitándose el sombrero para secarse el sudor que copiosamente le corría por la frente llamó a otro soldado que limpiaba su fusil sentado a la sombra de un palo de mango.

— ¡Salazar!— Hágase usted cargo de estos muchachos. Están bajo su comando. Ocúpense de darles instrucciones y algunas provisiones. —No tenemos mucha comida —añadió dirigiéndose a Manuel.

—No se preocupe usted Coronel. Nosotros nos arreglaremos con cualquier cosa.

Fueron armando tiendas de campo improvisadas con la lona que traían los de San Miguel, Salazar, un negro alto fornido, de ojos enormes y un frondoso bigote que le llenaba toda la cara, desde el principio le cogió afecto a Manuel.

—Bueno, bueno— decía jocosamente— ahora me toca servir de niñera de estos muchachos, yo que fui condecorado en la Batalla de Barbacoas. . .

Manuel contestó belicoso, enfurecido por la burla que el hombre les hacía.

—No somos niños señor Salazar. Ya verá cuando llegue la ho-

ra de pelear de lo que somos capaces.

—Si sí, ya lo creo. No se sulfure hijo, sólo estaba bromeando. Yo sólo obedezco las órdenes de mi Coronel. El sabe lo que hace —y no me diga señor: Salazar, a secas, así me llaman todos. En los días que siguieron, el negro los organizó en un grupo capaz de integrarse al resto del ejército. Marchaban por horas y hacían maniobras a pesar de la lluvia que caía incesante. La mayoría del campamento estaba cada día más descorazonada, por la falta de alimentos y municiones y además porque la ayuda prometida por los liberales de otros países no acababa de llegar. Por todas partes corrían los rumores de las desavenencias entre el alto comando y el descontento crecía a pasos agigantados. Durante el mes de junio esperaron auxilio que llegó finalmente el cuatro de julio. Al campamento del Doctor Porras arribaron el General Simón Chaux, Eusebio A. Morales y otros liberales importantes; trajeron consigo más de quinientos rifles Mauser y municiones. Los refuerzos llenaron de júbilo al cansado ejército. Venían con el plan de atacar la capital entrando por Chepo pero además querían sacar a Porras del comando. ¿Cómo iba a ser posible embarcar tantos hombres para llegar a Chepo? No contaban sino con un vapor que sólo tenía capacidad para ochenta hombres. Porras se dio cuenta de la ignorancia del General Herrera con respecto a la configuración de la ciudad de Panamá y cambiando las órdenes insistió en seguir la marcha rumbo a La Chorrera. Los soldados, sin saber de las peleas entre la dirigencia, con alegría desbordante levantaron el campamento y partieron con la seguridad de que entrarían triunfantes en Panama.

— ¡Ahora sí que le vamos a dar una paliza a esos godos! . . . les decía Salazar.

Por donde pasaban recibían vivas y aplausos por el pueblo que salía a recibirlos. Les traían provisiones de toda clase que voluntariamente daban a los soldados liberales para ayudarlos. El Doctor Porras no permitía que se abusara de los campesinos, aunque muchos le criticaban su actitud benevolente por no estar de acuerdo con las duras realidades de una guerra.

—Manuel . . . Manuel. . . ! —alguien gritó su nombre en la mul-

itud. Al ver a Nicolás, Manuel se llenó de alegría y dejando caer su saco al suelo lo abrazó fuertemente cuando llegó a su lado.

—Hermano! . . . ¿Dónde estaba? ¡Qué preocupado me ha tenido! Desde que perdimos de vista a “La Princesa” a los tres días de haber salido de San Miguel, no he dejado de pensar en ustedes. ¿Qué les pasó?

—¡Ay Manuel, no sabe las peripecias que hemos pasado! Cuando estábamos cerca de una playa que se llama Farfán nos cañoneó una fragata del gobierno y el barco naufragó. Tuvimos que nadar hasta la costa y varios se ahogaron. ¡Fue algo horrible ver cómo se hundía “La Princesa” sin poder hacer nada. . .! —le contó Nicolás con tristeza.

—¡Dios mío. . .! ¡Qué tragedia! Menos mal que estás aquí sano y salvo. ¿Por qué no sigues con nosotros? Es el mejor batallón de este ejército y sé que te van a agradar mis compañeros.

—No puedo Manuel. Nosotros marchamos con el batallón “Los Robles” un grupo de valientes soldados —le dijo Nicolás con entusiasmo.

Iba descalzo, con la escopeta cruzada en la espalda y los pantalones recogidos hasta la rodilla. Manuel notó que se veía más delgado y sus ojos denotaban la falta de descanso. Las mejillas hundidas cubiertas por la barba lo hacían aparecer más viejo.

—“Pobre Nicolás”— pensó Manuel. —“Tiene cara de hambre. Así debo verme yo también. . .”— El batallón de Manuel se alejaba marchando bajo la lluvia y Manuel abrazó al hermano asegurándole que pronto se encontraría otra vez. Apresuradamente siguió por el sendero para alcanzar a los otros. Sentía los más negros presentimientos y se quitó el sombrero para que la lluvia borrara las lágrimas que le brotaban de los ojos.

DESPACHO ENVIADO POR CARLOS A. MENDOZA, SECRETARIO DEL DOCTOR BELISARIO PORRAS A LOS VARIOS CONSULES EXTRANJEROS EN LA CIUDAD DE PANAMA, FECHADO EN CHAME, 14 DE JULIO DE 1900.

“Los ciudadanos extranjeros estarán a salvo en Panamá, siempre y cuando se mantengan neutrales. Hemos informado al Coronel J.R., SCHALER, superintendente del ferrocarril, que mantendremos libre el tránsito de la línea. Se le solicita a los señores Cónsules que envíen a sus representantes a una reunión con esta jefatura”.

CARTA ENVIADA POR A.W. WATTS, VICECONSUL DE LOS ESTADOS UNIDOS EN PANAMA A LA SEÑORITA MADGE WILLIAMS, PRIMERA CORISTA DEL TEATRO PALLADIUM EN LA CIUDAD DE NUEVA YORK, JULIO 15, 1900.

Querida Madge.

Me desespero ante su prolongado silencio. Han pasado casi dos meses desde la última vez que le escribí y aún no recibo respuesta suya.

Adorada amiga. Está usted molesta por algún agravio que yo le haya ocasionado? Si es así, le pido mil disculpas. Ya sé que prometí visitarla en ese mes pero como sabe, el problema de la guerra en el Istmo ha hecho imposible que deje mi puesto. Ya se habrá enterado por los reportajes que publica el “Times” que los rebeldes son ayudados por gobiernos extranjeros como Nicaragua, Venezuela y Ecuador, lo cual ha complicado la situación política aún más. Recientemente nos hemos enterado de la llegada de un barco procedente de Guayaquil, Ecuador, cargado de armas y hombres que venían a unirse a las tropas liberales en Panamá. El señor Cónsul es de la opinión que nuestro gobierno debería intervenir en esta guerra de lleno y no permitir más esta lucha. Tenemos un barco cerca de la costa listo para desembarcar tropas en

cuanto la orden sea dada pero esos burócratas del Departamento de Estado no acaban de decidirse. Este Istmo debería ser anexado a nuestro gobierno y así se acabarían los problemas. Créame que muchos ciudadanos importantes nos han hecho esta sugerencia, pero el Señor Gudger es de la opinión que anexar el área no sería una buena solución. La mayoría de estos rebeldes son indios y negros casi salvajes y mucho me temo que sea difícil llegar a un acuerdo de caballeros con ellos.

Ya le escribí a mi padre pidiéndole que use sus influencias con el Presidente para conseguir mi traslado de este lugar infernal. Hasta le dije (y por eso le pido perdón dulce amiga) que había roto con usted y estaba dispuesto a casarme con la joven que mi madre ha escogido.

Lo que más deseo es encontrarme nuevamente en Nueva York lo más cerca posible de usted y por ello soy capaz de decir cualquier mentira o hacer cualquier locura.

Espero con ansiedad noticias tuyas y beso sus blancas manos.

Su rendido admirador,

Albert

MENSAJE ENVIADO POR EL DOCTOR BELISARIO PORRAS AL LIDER DE LOS INDIOS DE LA TRINIDAD, LAS CHURUQUITAS, LA PINTADA Y SORA, GENERAL VICTORIANO LORENZO, FECHADO EN LA CHORRERA EL 16 DE JULIO DE 1900.

“Necesito ayuda para transportar hasta La Chorrera las armas que trae el vapor “Momotombo” a las playas de San Carlos”.

ACUERDO TOMADOS EN LA REUNION DE ESTADO MAYOR DEL EJERCITO LIBERAL, CHORRERA 17 DE JU-

LIO DE 1900 (Notas oficiales del Secretario).

“El Estado mayor acuerda enviar una división a Miraflores y la otra bajo el mando del General Emiliano Herrera seguirá a Cocolí. El Doctor Porras y un grupo se embarcarán hasta Farfán y el día 21 los dos grupos se encontrarán en Corozal para proceder con el ataque a la ciudad de Panamá”.

(Notas privadas del Secretario).

“La reunión estuvo marcada por violentos desacuerdos entre el Doctor Porras y el General Simón Chaux. Este último insistió que tenía que restablecer la unidad y la lealtad del ejército en su mayoría colombiano y eso sucedería únicamente si se nombraba al General Emiliano Herrera, colombiano, Jefe Supremo en vez del Doctor Porras, (panameño). ¡Dios nos ampare si ahora vamos a dividirnos en dos grupos dentro del mismo ejército!.

XVIII

El calor se hacía insoportable. Todos atisbaban al cielo de vez en cuando con la esperanza de que alguna nube abatiera el sol que los fulminaba. Llevaban horas caminando sin descanso, rumbo al encuentro final con el ejército conservador que los esperaba.

La noche anterior, por todo el campamento habían circulado los rumores de la pelea en el alto comando y los soldados se sentían traicionados por sus jefes ante tantas muestras de envidia y celos. Con órdenes y contraórdenes ponían en peligro la misión. Los colombianos echaban toda clase de maldiciones en contra del doctor Porras a quien consideraban culpable de todos los problemas.

—Eso pasa por tener de jefe a un abogado metido a militar— refunfuñaban. Además, es tan arrogante, que obstaculiza cualquier iniciativa que no sea la suya.

Los jóvenes istmeños se sentían heridos ante tantos improperios y ya se habían enterado de que el doctor Porras lo habían despojado de su mando.

--No es justo lo que han hecho-- decía Pastor. --Después de haber luchado tanto desde Buricas hasta aquí. . . ¡No es justo! --

--Lo han quitado por ser panameño, murmuraban otros --estos colombianos no quieren a ningún istmeño en posesión de mando--.

--Así es la guerra muchachos. No hay porqué descorazonarse. --les decía Salazar--. A veces a los hombres se les sube el poder a la cabeza y pierden el dominio de sí mismos; pero a los que estamos abajo nos toca luchar al frente y no podemos permitir peleas entre nosotros. Miren el ejemplo que da el Coronel Díaz; él no se ha metido en nada y sólo sigue sus órdenes al pie de la letra. Eso es ser un buen soldado. Aquí todos somos iguales, caucanos o istmeños y no tenemos porqué hacerle caso a las desavenencias entre los jefes. ¡Allá ellos y su conciencia. . .!

Al batallón de Manuel le tocó marchar al frente de la división en ruta hacia Corozal. Al llegar a Miraflores se detuvieron unos minutos, pero enseguida llegó la orden de seguir adelante.

--Yo creía que teníamos que esperar aquí al otro grupo que viene de Cocolí --masculló Salazar-- Debe haber una contraorden--.

Siguieron marchando a través de la maleza cerca de la línea del ferrocarril. En las inmediaciones de Corozal los esperaban tres batallones de tropas conservadoras que de inmediato comenzaron el ataque. El ruido ensordecedor de los fusiles y cañones pronto los rodeó y a pesar del peligro, los soldados proseguían adelante con valentía. Desde el principio las bajas fueron numerosas. Manuel y su grupo guiados por Salazar encontraron un montículo de tierra detrás del cual se atrincheraron como pudieron. Desde allí comenzaron a dispararle a la tropa conservadora que parecía rodearlos. Uno de los caucanos tendido al lado de Manuel fue herido en plena cara y él acudió a socorrerlo pero era demasiado tarde.

El hombre se murió en sus brazos después de una breve agonía mientras el muchacho trataba en vano de restañar la sangre que salía de las heridas a borbotones. Después de eso, Manuel perdió la noción del tiempo; sólo existía a su alrededor un mundo de pólvora y sangre y el ruido ensordecedor de la artillería. Varios soldados colombianos se acercaron al montículo corriendo para atacarlos de cerca. Allí supo lo que era matar a un ser humano. La bala que salió de su rifle le pegó al soldado desconocido en pleno pecho. Manuel notó la cara de asombro del hombre y cómo se fue desplomando boca arriba bañado en sangre, su rostro iluminado por el sol. Por unos instantes miró el cuerpo del enemigo que poco a poco se iba desangrando y por primera vez se dio cuenta de la enormidad de la guerra. El zumbido de las balas que pasaban cerca de sus oídos, lo hizo volver a la realidad y después fueron muchos los que cayeron heridos o muertos, víctimas de la puntería que lo había hecho famoso en Chumico. Ante una orden que les llegó de lejos, se levantaron al unísono y siguieron avanzando con el Coronel al frente y Salazar a su lado. De los lados de Cocolí se oía el ruido de la fusilería de la otra división liberal que llegaba a ayudarlos en la batalla. El combate fue corto. Las tropas conservadoras estaban abandonando sus posiciones y se iban retirando en gran desorden. La victoria les pertenecía, pero el mar de muertos y heridos les había quitado toda la satisfacción del triunfo alcanzado. El precio había sido demasiado alto. La orden llegó de no perseguir a las tropas conservadoras que huían hacia la ciudad de Panamá. No habían sabido hacer uso de la topografía del terreno.

—¿Por qué no seguimos adelante si casi están en nuestras manos? —decían los veteranos—. Esta misma noche podríamos entrar a la ciudad. Tenemos que perseguirlos ahora que van en retirada—.

—El General Emiliano Herrera ha dado la orden. No seguiremos adelante —les informó Salazar—. El sabrá porqué lo hace—.

Manuel se alegró del descanso. Después de tantas horas que llevaba marchando y en la batalla, sentía que la fatiga dominaba su cuerpo y no tenía ánimo de seguir combatiendo por muy cerca que estuviera la victoria.

De inmediato, grupos de soldados se habían dedicado a cavar improvisadas sepulturas para enterrar los numerosos cadáveres de soldados y animales destrozados por la artillería. Los iban arras-trando y echando en las fosas sin ninguna ceremonia. Manuel se estremecía cada vez que echaban paladas de tierra sobre los ojos abiertos de los muertos que parecían contemplar a sus compañeros con terror. Las armas la iban apilando cuidadosamente para el uso de los sobrevivientes: la guerra seguía su curso. Algunos soldados le quitaban las botas a los muertos antes de sepultarlos en la fosa común.

—Morirse así, sin tener siquiera un ataúd en donde lo entierren a uno— pensó Manuel. Un temor oscuro lo invadía sin saber porqué. No había tenido miedo durante el fragor de la batalla pero esta macabra tarea en la que hombres y animales eran enterrados sin ceremonia ni lágrimas lo llenaba de una angustia sin límites. De repente se sintió violentamente enfermo y para que no lo vieran sus compañeros, se puso a vomitar detrás de un árbol la bilis amarga que se le subió a la garganta. Salazar se dio cuenta del estado del muchacho y se acercó para tratar de ayudarlo.

—La guerra es así hijo. El hombre no vale nada ante el fuego del cañón. Lo importante es sobrevivir. Ya te acostumbrarás a la muerte—.

— ¡Jamás, jamás me acostumbraré. . .! Mira que morirse así sin tener siquiera un entierro decente. . . — dijo Manuel tratando de reponerse de la náusea que lo sacudía.

A los lejos, la tarde reflejaba los últimos rayos del sol, mientras bandadas de gallinazos revoloteaban sobre el campo de batalla atraídos por el olor a carroña que comenzaba a sentirse. Las guarichas iban llegando con sus pailas, listas para comenzar a cocinar la única comida del día. Manuel se limpió la cara con el agua que Salazar le ofrecía en su sombrero y agarrando una pala se fue a ayudar a sus compañeros que en silencio seguían cavando las fosas.

DESPACHO DIPLOMATICO ENVIADO POR EL CONSUL HEZEKICH, A GUDGER AL DEPARTAMENTO DE ESTADO, WASHINGTON, D.C. JULIO 21 , 1900

“Las tropas del gobierno han sido derrotadas en batalla librada hoy cerca de la capital. Jefes militares del gobierno han buscado refugio en el barco de guerra de nacionalidad inglesa el “Leander”. Entre los refugiados se encuentra el General Belisario Lozada.

NOTA ENVIADA POR EL GENERAL EMILIANO HERRERA COMANDANTE EN JEFE DE LAS FUERZAS LIBERALES AL GENERAL CARLOS ALBAN COMANDANTE EN JEFE DE LAS FUERZAS CONSERVADORAS EL 22 DE JULIO, 1900.

“Le doy veinticuatro horas para que usted y su ejército depongan las armas”.

NOTA ENVIADA POR EL GENERAL EMILIANO HERRERA AL DOCTOR BELISARIO PORRAS.

“Por la presente le informo que ayer obtuvimos una gran victoria en Corozal. Solicítole que envíe a doscientos hombres de su división para atacar a la ciudad de Panamá dentro de veinticuatro horas”.

MENSAJE ENVIADO POR EL DOCTOR BELISARIO PORRAS AL GENERAL EMILIANO HERRERA COMANDANTE EN JEFE DE LAS FUERZAS LIBERALES EN EL ISTMO.

“Lo felicito por el triunfo obtenido. Me es imposible cederle los refuerzos que usted requiere. Necesito mis hombres para atacar La Boca, mañana”.

CARTA ENVIADA POR A.W. WATTS VICE-CONSUL DE LOS ESTADOS UNIDOS EN PANAMA A MR. J.R. WATTS, FINANCIERO PRESIDENTE DE LA COMPAÑIA DE VALORES WATTS, # 14 WALL STREET, NEW YORK, FECHADA JULIO 22 DE 1900.

Querido Padre:

Aprovecho la salida del vapor "Lewis" para escribirle estas líneas. Por el "Times" estoy seguro que ya se habrá enterado de los pormenores de la guerra que se está librando en el Istmo de Panamá. Me encuentro en medio de la más innoble de las luchas y no hay nada que pueda hacer. Desde hace varias noches no duermo por el constante ruido de artillería en la vecindad y a pesar del peligro le puedo asegurar que jamás he sentido miedo.

Ayer tuvo lugar un combate cerca de aquí en el área conocida como Corozal. Las tropas del gobierno aparentemente fueron vencidas y han regresado a la capital en gran desorden. Francamente esta gente no tiene idea de lo que es disciplina militar.

El señor Gudger ha sido informado que la jefatura de los rebeldes está muy dividida y no cesan de pelearse entre sí como rufianes que son. El gobierno, después de la derrota de ayer, ha recibido dos propuestas de paz diferentes y esto ha aumentado la confusión que existe en todos los niveles.

Por lo pronto el gobierno ha rechazado ambos ultimátums y se apresta a defender la ciudad. El General Albán ha sido informado por donde piensan atacar los rebeldes y han construido unas fortificaciones en el área del puente que cruza sobre el ferrocarril que le aseguro son francamente formidables. Un americano, veterano de la guerra en Cuba, está dirigiendo la construcción de las trincheras y creo que hasta tienen varias ametralladoras emplazadas en el área. Mucho me temo que los atacantes serán diezmados porque como le expliqué anteriormente, las fortificaciones parecen inexpugnables.

El señor Cónsul está muy disgustado por la participación de un ciudadano americano en esta guerra pero no puede impedirlo. Al individuo no lo he conocido aún pero me dicen que es una persona soez y muy desagradable, dispuesto a vender sus conocimientos militares al mejor postor.

Me extiendo en contarle todos estos detalles porque conozco su interés en asuntos bélicos.

Esta tarde tenemos una reunión con los otros Cónsules de la ciudad a ver en qué forma podemos mediar en este conflicto y evitar que se derrame más sangre.

No sé si usted habrá decidido usar sus influencias en Washington para obtener mi traslado de este lugar maldito. Yo quisiera cuanto antes poner muchas millas de distancia entre mi persona y este rincón infernal al que mi deber me ha ordenado. Le suplico que reconsidere y abogue por mi causa. No quiero jamás volver a pisar esta tierra. Ya decidí por el bien de la familia romper mis relaciones con la señorita Williams, causa de su enojo; en cuanto regrese a Nueva York le prometo acatar los deseos de mi madre y me casaré con Elaine Whitehall. Me doy cuenta de que será una unión muy ventajosa para todos.

Impaciente, aguardo su decisión, que espero sea favorable a mis deseos y le prometo que no tendrá ocasión para arrepentirse de su generosidad.

Por su conducto le envío un abrazo a mi madre y hermana y le suplico que no les informe del peligro que me rodea a todas horas. No quiero que se preocupen innecesariamente.

Hasta pronto.

Su hijo,

Albert.

NOTA ENVIADA POR EL GENERAL CARLOS ALBAN COMANDANTE EN JEFE DE LAS FUERZAS CONSERVADORAS AL GENERAL EMILIANO HERRERA, COMANDANTE EN JEFE DE LAS FUERZAS LIBERALES, JULIO 22, 1900.

“Desgraciadamente, las condiciones formuladas en su nota son inaceptables. Estamos pues a sus órdenes y a la vez me suscribo de usted su atento y seguro servidor”.

